

**CRISTÓBAL BELLOLIO. *LIBERALISMO. UNA CARTOGRAFÍA*. TAURUS: SANTIAGO DE CHILE, 2020, 305p.**

En *El hombre que fue Jueves*, G. K. Chesterton relata la entretenida historia de un policía filósofo que se infiltró en una organización secreta anarquista. Al final y paradójicamente, resultó que la organización anarquista solo estaba compuesta de policías infiltrados, quienes sospechaban unos de otros de ser impostores. Esta trama basada en la tensión y la sospecha, en la cual nadie se fiaba del otro, resulta muy parecida a lo que ha venido sucediendo dentro de otro grupo mucho más complejo y mucho más variado: el liberalismo.

Desde la modernidad, la filosofía liberal ha constituido y fundamentado diferentes formas de interpretar la vida. A través del avance de los años y luego del paso de los siglos, ese árbol llamado “liberalismo” ha ido creciendo, ramificándose, pero siempre manteniendo su mismo tronco, es decir, su respeto y comprensión de la vida social desde el individuo. Chile no se ha quedado exento de tal desarrollo intelectual. Durante los últimos años, una camada de intelectuales ha generado discusión, investigación y debate con el fin de interpretar la realidad y los problemas nacionales a través de esta óptica liberal. Como todo grupo, esta familia no ha estado libre de tensiones. El libro que reseño presenta y analiza las principales discusiones sobre la mesa y para analizar de qué tratan las principales. Cristóbal Bellolio describe estas tensiones *chestertonianas* y termina por demostrar que no existe un liberalismo verdadero ni falso, sino tan solo diferentes tipos de *liberalismos*.

En el comienzo de su libro, el autor recurre al lenguaje informal para explicar la pluralidad de liberalismos, y dice que llamarse “liberal” es como apellidarse Pérez en Chile. Hay muchos Pérez, pero no son iguales. “Están los Pérez de la costa y los Pérez del campo, los Pérez del sur y los Pérez del norte, los Pérez clase media y los Pérez acomodados, y también están los Pérez de izquierdas y de derechas” (p. 11). Puede decirse que el liberalismo “es una tradición que tiene componentes comunes, pero que se ha ramificado en distintas corrientes que subrayan algunos valores por sobre otros. A ratos, estas corrientes se expresan en movimientos históricos determinados. Otras veces subyacen en teorías filosóficas y, de vez en cuando, inspiran proyectos políticos” (p. 11). La finalidad del libro es, entonces, describir tales posiciones y exponer de forma breve sus argumentos, a través del prisma de la tradición política anglosajona (p.18).

Mediante siete importantes criterios, Bellolio busca clasificar la filosofía liberal de forma esquematizada. El primero es un criterio histórico¹ que divide a los liberales entre aquellos que siguen los principios inspiradores de la Reforma protestante y aquellos que se guían por los ideales que luego serían integrados por la Ilustración (p. 13). El segundo criterio, que responde al valor central que debe perseguir el proyecto político, distingue dos grupos. Por un lado, están los llamados liberales *de la tolerancia*, quienes piensan que la tolerancia es central respecto a la diversidad de los proyectos de vida; y por otro lado, los liberales *de la autonomía*, quienes creen que se debe garantizar a los ciudadanos autónomos su elección sobre los estilos que hayan escogido (p. 13). El tercer criterio tiene por finalidad definir el alcance del proyecto liberal, lo que permite diferenciar entre un liberalismo *comprehensivo*, que piensa que las normas deben regirse por determinados valores sustantivos, y un liberalismo *político*, que debe limitarse a organizar la coexistencia pacífica de los individuos en el marco de sociedades pluralistas (p. 14). En directa relación con el anterior, el cuarto criterio apunta a la finalidad del proyecto liberal. Se distingue entre los que creen que el liberalismo puede y debe aspirar a perfeccionar a los individuos, de forma ética e intelectual, al tiempo que identifica bienes objetivos y aplica medios de poca coerción; y los que estiman que tal actitud sería paternalista y que es mejor tener gobiernos neutrales o imparciales respecto de las diferentes convicciones y formas de ver el mundo (p. 14). El quinto criterio apela a “la unidad de medida del liberalismo” y permite hacer una distinción entre los que sostienen que el liberalismo es individualista en sí mismo y otros que piensan que el liberalismo es compatible con la atribución de derechos a ciertos grupos (p. 14-15). El sexto criterio se refiere a la metodología que emplea el liberalismo para justificar sus principios, normas e instituciones. De esta manera, existe una parte de la tradición liberal que descansa sobre el método contractual, y por lo tanto, constructivista, es decir presenta una estructura *arriba-hacia-abajo*, y otra que rechaza este método para defender y justificar el desarrollo e instalación de los principios, normas e instituciones,

¹ Uno de los temas que ha tensionado al liberalismo con relación a este criterio, ha sido la duda de si Thomas Hobbes (1588-1679) puede catalogarse como “el primer liberal”. Bellolio le quita importancia al decir que, a su juicio, “la discusión sobre quién fue el primer liberal no tiene mucho sentido, tomando en cuenta que se trata de una construcción intelectual evidentemente colectiva y cuyos primeros expositores no se vieron a sí mismos como fundadores de ninguna corriente (p.33). Si es de interés del lector profundizar sobre este punto véase la discusión que tuvieron Daniel Mansuy y Fernando Claro en el diario El Mercurio, titulada *Liberalismo y deberes*. Disponible completa en <https://fppchile.org/wp-content/uploads/wp-post-to-pdf-enhanced-cache/1/debate-liberalismo-y-deberes-claro-vs-mansuy.pdf>

de manera evolutiva, “como si se tratase de un orden emergente o de *abajo-hacia-arriba*” (p.15). Por último, en el séptimo criterio, Bellolio vuelve a dividir a esta familia bajo una comprensión que ordena a los liberalismos de acuerdo con la forma en que justifican la desigualdad (p. 15): por un lado, están quienes son indiferentes a la forma de la distribución final si es producto del libre acuerdo de las partes —como podrían ser los libertarios— y, por otro lado, quienes hacen depender la justicia de una distribución desigual que sea beneficiosa para todos —como los liberales clásicos y los igualitarios—. Este último será denominado liberalismo del *win-win*, y se lo ha identificado como una teoría que descende de los postulados de Adam Smith.

La obra se divide en una introducción intitulada “La gran familia liberal”, que describe con gran claridad el marco general del ensayo y describe su hilo vertebral; seis capítulos, que se examinarán a continuación; y, finalmente, un epílogo que lleva por título “Los desafíos del liberalismo”. A continuación se examinarán uno por uno.

El primer capítulo se titula “La idea de libertad liberal”. Una de las curiosidades de este capítulo es la advertencia intelectual aclaratoria que realiza el autor al principio, cuando dice que, como filósofo político, empleará una metodología a “través de un análisis conceptual y evaluación normativa” (p. 28). Así, se intentará de principio a fin dejar en claro los conceptos tratados. Esto se torna más necesario aún cuando el objeto de este capítulo será intentar definir el concepto central que engloba toda la discusión, el mismo por el que los filósofos llevan discutiendo durante siglos: en qué consiste la libertad (p. 31). El capítulo comienza desde los orígenes del concepto de libertad negativa, pasa al de libertad positiva, luego a nuevas conceptualizaciones del término, para terminar por referir ejemplos del caso chileno. Para concluir Bellolio dice que es posible que las “desavenencias de fondo sean ideológicas y no conceptuales” (p.65), pudiendo *libertarios à-la-Nozick* e *igualitarios à-la-Rawls* “coincidir en un concepto de libertad y aun así ofrecer dos modelos muy distintos respecto de cómo organizar políticamente la sociedad” (p. 31). El segundo capítulo lleva por nombre “La idea de la justicia liberal”, comienza introduciendo parámetros generales de Friedrich von Hayek y John Rawls, luego reseña la teoría de justicia *rawlsiana*, las tensiones en torno al liberalismo y mercado, la teoría de justicia *nozickeana*, el tenso debate entre igualdad de oportunidades e igualdad relacional y, finalmente, el individualismo como premisa antropológica. En el tercer capítulo, titulado *El liberalismo como proyecto justificatorio*, se analiza la concepción de neutralidad, luego la concepción de autonomía y diversidad, el ideal de razón

pública y, finalmente, la ciencia como epistemología pública. El cuarto capítulo se denomina *Liberalismo y progreso* y en él se precisa el concepto de progresismo a través de una forma simple, se expone en qué consisten aquellas posiciones evolucionistas y constructivistas, el debate de la libertad y utilidad, y el importante dilema de la libertad de expresión. El quinto capítulo lleva por título *Liberalismo e identidad* y dentro de él se analizan temas como el desafío multicultural, la pregunta de si existe un feminismo liberal y la política de las identidades. El sexto capítulo se llama *Liberalismo y religión* y se ocupa de la teoría de la separación institucional entre Iglesia y Estado, la estrategia de desagregación de la religión y algunas de las implicancias de una sociedad postsecular. Por último, en el epílogo titulado *Los desafíos del liberalismo* se tratan tres desafíos centrales que han convulsionado nuestras comunidades políticas en el último tiempo: el fenómeno populista y el auge de la *democracia iliberal*, la amenaza del cambio climático y la irrupción de las nuevas tecnologías.

Se puede decir que este libro se presenta como un gran intento por resumir las posiciones que hicieron, hacen y harán divergir a la filosofía liberal. Es palpable el esfuerzo del autor para que el trabajo sea susceptible de ser entendido por el público general —sobre todo por jóvenes—. En algunas partes del libro, donde la discusión se vuelve árida, Bellolio ofrece ejemplos prácticos que funcionan como una herramienta para retomar la atención del lector en la medida en que pone en contacto la teoría con las discusiones del día a día. Sin embargo, al nutrirse el libro de una gran cantidad de autores y posiciones, se echa en falta un índice bibliográfico que facilite la consulta de la bibliografía empleada.

Ahora bien, no debe dejar de mencionarse la excesiva alusión que se hace en el texto a John Rawls. Si bien el autor utiliza de buena forma el “velo de la ignorancia” para describir de forma imparcial todas las posiciones, ese velo se cae en lo relativo a dar una extensión equitativa al análisis de cada postura. Pese a estas observaciones, Cristóbal Bellolio realiza una descripción muy sensata de todas las posiciones abarcadas. No cabe duda de que este libro constituye un aporte para que algún día —más soñado que real— los liberales por fin dejen de sospechar y descalificarse entre sí, tildándose unos a otros como los “verdaderos” y los “falsos”.

Álvaro Vergara N.
Universidad de los Andes
aivergara@miuandes.cl